

2013

Las relaciones entre mente y cuerpo: pasión y razón en Descartes

Wilson Alejandro Guzmán Silva
Universidad de La Salle, Bogotá

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras



Part of the [Philosophy Commons](#)

Citación recomendada

Guzmán Silva, W. A. (2013). Las relaciones entre mente y cuerpo: pasión y razón en Descartes. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/637

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Departamento de Filosofía, Arte y Letras at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Filosofía y Letras by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

**LA RELACIONES ENTRE MENTE Y CUERPO:
PASIÓN Y RAZÓN EN DESCARTES**

WILSON ALEJANDRO GUZMÁN SILVA

**UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
PROGRAMA DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BOGOTÁ D.C.
2013**

**PROYECTO DE GRADO PARA OPTAR TÍTULO DE PROFESIONAL EN
FILOSOFÍA Y LETRAS**

WILSON ALEJANDRO GUZMÁN SILVA

30091752

DIRECTOR

GERMÁN U. BULA CARABALLO

MAGISTER EN FILOSOFÍA

UNIVERSIDAD DE LA SALLE

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

PROGRAMA DE FILOSOFÍA Y LETRAS

BOGOTÁ D.C.

2013

AGRADECIMIENTOS

El autor expresa su agradecimiento a:

Dios principalmente como fuente de toda sabiduría y entendimiento quien me ha permitido desarrollar a buen término mis estudios y el presente trabajo. Al profesor Germán Bula, Director del presente trabajo, por su colaboración y apoyo en la realización del mismo. A mis padres Reinaldo y María Eugenia, a mis hermanos Oscar, Henry y Karol Natalia, a mi novia Elizabeth quienes me han aportado con sus voces de ánimo a dar lo mejor de mí cada día, por la confianza y apertura en sus pensamientos y oraciones hacia este servidor. A todos aquellos que brindaron su aporte a lo largo de mis estudios y del presente trabajo.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	1
1. Capítulo primero: FILOSOFÍA DE DESCARTES	4
1.1 SISTEMA: EL MÉTODO Y LAS REGLAS	5
1.2 FÍSICA CARTESIANA	9
2. Capítulo segundo: RELACIÓN MENTE-CUERPO	17
2.1 PROBLEMA GENERAL	18
2.2 RELACIONES	21
2.2.1 Acción voluntaria	24
2.2.2 Percepciones externas	26
2.2.3 Percepciones internas	28
2.3 PASIONES	30
3. Capítulo tercero: PROBLEMAS EN LA RELACIÓN MENTE – CUERPO EN LA CORRESPONDENCIA DE DESCARTES	36
3.1 CARTAS CON ISABEL DE BOHEMIA, OBJECIONES Y RESPUESTAS	38
3.1.1 Mente y cuerpo	38

3.1.2. Relación mente-cuerpo en el valor de las pasiones	42
3.1.3 Pensar para actuar, ejercicio de la moral cartesiana	49
3.2 PASIÓN Y RAZÓN, LA RAZÓN COMO FILTRO EN EL ACTUAR	53
CONCLUSIONES	55
BIBLIOGRAFÍA	57

INTRODUCCIÓN

¿Qué es el hombre? Al rastrear esta pregunta se ve conveniente reflexionar desde el filósofo René Descartes, este muestra a través del racionalismo la estructura de un nuevo propósito en la ciencia identificando el carácter metódico del conocimiento partiendo de la figura humana como artífice del papel articulador de la mente y la razón. Su proposición del *Discurso del método* “*pienso, luego existo*, era tan cierta y tan segura que las suposiciones más extravagantes que los escépticos pudieran producir serían incapaces de hacerla tambalear” (Descartes, 2005, p. 21), tal sustentación daba cabida a reflexionar sobre los distintos fenómenos que ocurriesen en el cuerpo, con lo que produjera la unidad corporal en cuanto asentimientos, pasiones y el campo del juicio moral, además que daría cabida al análisis de la existencia de un *yo pensante* que determina los estados mentales y de actuación del hombre.

Los estados emocionales del sujeto en diversas circunstancias pueden analizarse desde las explicaciones médicas, psicológicas, neurobiológicas, entre otras, sin embargo los estados de la mente, la razón, el juicio, las acciones y otros elementos quedarían por considerarse en un campo de acción filosófico que vincularía la intencionalidad, la razón y la mente en un discurso que comprenda a Descartes.

El presente trabajo apuesta por una comprensión del hombre en su parte mental y pasional, donde necesariamente se vincula el accionar de la sustancia pensante con el producto que puede hacer este en su obrar, de allí que podrían vincularse reflexiones sobre los sentimientos de la alegría, tristeza, rabia, miedo, entre otros, como modeladores de nuestras acciones en donde el campo de la razón entra a mediar o a juzgar. Teniendo en cuenta lo anterior existen hallazgos en los que se vincula la colaboración entre filosofía cognitiva, neurociencia cognitiva y metafísica. Descartes en su momento comentó al respecto, y de igual forma en la actualidad se plantean tesis que convergen en una reflexión ciencia-filosofía en la que se abre el debate en el que se pueden considerar a las *pasiones* como gestores de cognición y comportamiento sociales, pero, ¿será esto posible dentro de la racionalidad humana?

Reflexionar a través de nuestra propia naturaleza humana, lo que nos caracteriza en nuestro comportamiento, las cualidades y defectos que poseemos, la reacción que tenemos frente a alguna adversidad o éxito, enfrentarnos a nosotros mismos respecto a nuestro actuar hace que el presente trabajo encuentre en la filosofía de Descartes la oportunidad para exponer el cómo desenvolvemos de manera correcta en la vida ordinaria y dar pautas para saberlo hacer, todo esto a partir de una reflexión filosófica que va de lo más sencillo a lo más complejo según el modelo cartesiano.

El tema que compete este trabajo en el que se muestra la relación mente-cuerpo a través de la reflexión en las relaciones pasión-razón, permite entender que más allá de lo fisiológico de nuestro organismo, aparecen circunstancias interiores como exteriores que hacen que nuestro actuar, nuestro sentir, como nuestro pensar sean parte activa y constitutiva de

nuestro diario vivir; la máquina del cuerpo humano es un todo engranado donde van articuladas todo lo que lo compone tanto en su *res cogitans* como en su *res extensa*, es así que cualquier acción sobre estas dimensiones harán que el hombre actúe de una forma X o Y.

La reflexión cartesiana en cuanto al mecanicismo, a la parte moral y epistemológica aún tienen relevancia en el momento presente, la evaluación de lo que somos implica un sentido común cartesiano, como afirmará en el *Tratado del hombre* “se muestra al hombre como una máquina con capacidad cognitiva para razonar sus acciones en una constitución psicológica del cuerpo, alma, cerebro y sus sentimientos” (Descartes, 1980, p. 91, 111).

1. FILOSOFÍA DE DESCARTES

Podría afirmarse que nuestras reflexiones, actuaciones y pensamientos, el sentido común por el cual se desenvuelve el hombre es cartesiano, todas las maquinaciones mentales, corporales y motivacionales encajan dentro del sistema fundado por el pensador francés. Al preguntarnos por nuestra mente, se puede indagar por sus procesos internos, su maquinación y estructura. Para tal tarea es importante considerar en toda su funcionalidad la propuesta de Descartes en torno a la comprensión del hombre en su *res cogitans* y *extensa* aplicada a la reflexión mecanicista que se puede obtener de ello.

Según Reale y Antiseri (2010), Descartes es el primer pensador de alta capacidad filosófica cuya perspectiva está profundamente influida por la nueva física y la nueva astronomía. Es original en cuanto expone un nuevo modelo de hacer filosofía, un nuevo modelo que explica lo que es el hombre y el mundo. Se esfuerza por construir *ex novo* un edificio filosófico completo (p.305), a través de las matemáticas, la geometría, la astronomía y la fisiología del cuerpo humano trata de responder por un nuevo modelo de hacer filosofía, dado desde su realidad, luego, Descartes es un descubridor y un explorador, ansioso de comunicar aquello que ha encontrado.

Todo el proyecto cartesiano está vinculado a la explicación del ser humano desde sus movimientos internos hasta la vinculación a hechos de corte fisiológico. En la introducción a las obras de *Descartes* de la Editorial Porrúa se expone que

Descartes es *un sistemático* en toda la fuerza del vocablo. A la luz de su racionalismo toca los registros todos de la filosofía. Descartes es lógico y metafísico, ético y antropólogo, y teólogo, y psicólogo, puesto aparte su genio científico, que de manera indudable influyó en su filosofar, ya como físico y fisiólogo. (1999:8)

1.1 SISTEMA: EL MÉTODO Y LAS REGLAS

Descartes se propone partir de aquello que es claro y evidente; para ello, recurre a la duda metódica, y propone no aceptar nunca nada como verdadero que no se reconociese claramente que lo es.

Rechaza todo conocimiento meramente probable y confía únicamente en lo que es perfectamente conocido y no puede ser puesto en duda. Es así que Descartes provee las bases de una crítica de todo conocimiento y, por ende de una investigación específicamente filosófica, para ello utiliza como método la razón, esta introduce y conforma la investigación, da la validación sistemática del conocimiento y da una construcción ordenada del mismo.

Descartes muestra la búsqueda de la verdad, entendida como la búsqueda del conocimiento, es decir, una búsqueda de la certeza, de la investigación verdadera analizada con una mente clara y racional. Ir de lo más simple a lo más complejo, he ahí el secreto del método, de la nueva filosofía en la que se articula toda la estructura del hombre para ser comprendido como una *res cogitans* y una *res extensa*.

En las *Reglas para la dirección del espíritu*, en la regla I, Descartes propone que los hombres se la pasan examinando una y otra cuestión pero les falta la sensatez en el acto de pensar, de hacer valer su posición como *res cogitans*; este conocimiento del espíritu, es, sin

embargo, el menos estudiado y del que más habrá que ocuparse en adelante. Descartes afirma:

Paréceme muy extraño que la mayor parte de los hombres, estudien con el más escrupuloso cuidado, las propiedades de las plantas, los movimientos de los astros, la transmutación de los metales y otras materias semejantes, y muy pocos se ocupen de la inteligencia o de esta ciencia universal de que hablamos. (Descartes, 2000, p. 109)

Por tanto la recomendación metodológica es rechazar todo conocimiento meramente probable y confiar plenamente en lo que es perfectamente conocido, y tal actividad la puede dar el producto del conocimiento, utilizando la duda como primer escalón.

Antes de iniciar cualquier otro estudio, Descartes propone el examen preciso del entendimiento, tal explicación está dada en la Regla III (2000) fundada en la propiedad de la razón humana, de tal forma que se pueda adquirir ciencia, así lo que podemos ver por intuición con claridad y evidencia, o lo que podemos deducir con certeza puede ser allanado con la ayuda de la razón; la clave entonces de todo ello es la posibilidad de incluir el *yo* como sujeto pensante; la anterior es definida como la capacidad que él piensa que piensa, tal producto dado de la mente solo puede resultar del proceso que realiza “la inteligencia pura y atenta, concepto que nace de sólo la luz de la razón” (p.113), es decir, es una operación meramente intelectual, es la tarea primera y fundamental del conocimiento, a través de un método que provea orden y certeza frente al conocimiento es posible el descubrimiento de la verdad.

En la regla IV Descartes expone que “El método es necesario para la investigación de la verdad” (p. 115) es así que le da una validación sistemática del conocimiento que debe tener como finalidad la verdad, en llevarla a cabo, en despejar las dudas que se pudiesen presentar en el camino hacia el conocimiento. Lo anterior le va a servir en todo el desarrollo de su pensamiento, mostrará de forma gradual como lo hizo con las explicaciones fisiológicas del cuerpo humano explicar el por qué de nuestra conducta, para llegar de esta forma a la validez de las pasiones y la capacidad de la razón para poderlas identificar y si es posible modificar.

Según el artículo *Fundamentación del pensamiento científico moderno y los orígenes del concepto cartesiano de lo mental*:

La idea de método que propone Descartes no es solamente una nueva forma de pensamiento sistemático que permite conocer con certeza, sino también una idea diferente y novedosa de lo que es el pensamiento y el conocimiento en sí mismos. Esta concepción novedosa del pensamiento implica la defensa de la unidad de la razón, en contra de la multiplicidad de las opiniones y creencias que cultivaban las ciencias no demostrativas. (Henriquez, 2009, p. 111)

Descartes propone un nuevo método, iniciado desde la *meditación personal*; filosofía libre de todo prejuicio externo y relacionada con ciencias como la *matemática*, *la física*, *la antropología*, pensándola así como la “*Ciencia universal*”, mostrando la necesidad del conocimiento de las demás ciencias y disciplinas.

Exige que para aceptar una idea o conocimiento como verdadero se requiere un fundamento en la evidencia – *principio de evidencia* –, claro está luego de su paso por una especie de “filtro” que propone en su sistema, la *duda* como quien confirma todo dato de la experiencia, “no recibir como verdadero lo que con toda evidencia no reconociese como tal,

evitando cuidadosamente la precipitación y los prejuicios, y no aceptando como cierto sino lo presente a mi espíritu de manera tan clara y distinta que acerca de su certeza no pudiera caber la menor duda” (Descartes, 2000, p. 16).

Es decir, se realiza todo un proceso racional que parte de la duda de los datos sensibles y de los juicios infundados hasta llegar a su comprobación, o sea, a la creación de juicios evidentes y de conocimiento verdadero que se hallaba oculto bajo el velo de la opinión preconcebida o prevenciones. Así, pone entonces a la razón y su estudio como modelo de todo conocimiento posible, y con esto inaugura el filósofo francés el nuevo método filosófico dentro del pensamiento moderno cuyo cuestionamiento fundamental es sobre cuál es la ruta o camino que debe seguir el conocimiento para alcanzar la verdad.

Aquí se reconoce claramente que la teoría racionalista cartesiana no es enemiga de la observación y el experimento, simplemente que exige el acuerdo con la razón; en el *Discurso* (2000) explica que en tanto la experimentación es la prueba de hipótesis o ideas preconcebidas, “...el conjunto de muchas observaciones y experiencias debía ser la base de mis razonamientos...” (p. 17).

Sumado a esta búsqueda de qué es el intelecto o la razón, toma a la *duda metódica* como herramienta fundamental para la adquisición de los principios y para la liberación de todo prejuicio y prevención; método a partir del cual “reconoce” que sólo se puede tener certeza de algo: del “yo”,

...en seguida noté que si yo pensaba que todo era falso, yo, que pensaba, debía ser alguna cosa, debía tener alguna realidad; y viendo que esta verdad: pienso, luego existo era tan firme y tan segura que nadie podría quebrantar su evidencia, la recibí sin escrúpulo alguno como el

primer principio de la filosofía que buscaba... mi mismo pensamiento de dudar de todo constituía la prueba más evidente de que yo existía... (Descartes, 2000, p. 21)

Así sólo hay una verdad indubitable, de que yo existo.

Después de examinar la realidad del *yo* como actor de la realidad y del conocimiento, Descartes propone un nuevo método que exigía entonces el cumplimiento de cuatro principios o reglas que según el autor reunían preceptos de ciencias como la lógica, el álgebra y el análisis de los antiguos. Sus reglas enunciadas en el *Discurso del método* (2000) son: *Regla de la evidencia* No admitir como verdadero sino lo evidente, *Regla del análisis* Dividir cada problema en tantas partes como sea preciso., *Regla de la síntesis* Ordenar los pensamientos de lo más simple a lo más complicado. y *Regla de la enumeración* Practicar revisiones o recuentos para ver que nada se omita (p.21).

Todo el proceso del conocimiento en Descartes propuesto desde la concepción de la realidad y la experiencia en el hombre, expone quién es y cómo la *res extensa* y la *res cogitans* trabajan de la mano para dar como resultados la oportunidad de conocer.

1.2 FÍSICA CARTESIANA

Correspondió a Descartes constituir verdaderamente un sistema del mundo, una filosofía y una ciencia de la naturaleza, la idea general que resume esto es la de matematización de la naturaleza. Si el objeto de la ciencia no es ya la cualidad percibida por los sentidos, sino la cantidad medida por el espíritu, es decir, de hecho la relación cuantitativa entre los fenómenos, capaz de ser expresada por un número o una ecuación, evidentemente serán las

matemáticas las que dirigirán esta manera de comprender la naturaleza, así se presenta la nueva inteligibilidad de la realidad. Se trata de una transferencia de objetividad, ésta pasa de las cualidades puramente sensibles (secundarias) a cualidades físicas (primarias); según Jean-Marie Aubert en su texto *Filosofía de la naturaleza* expone que, propiamente hablando, la física moderna no es pura física de la cantidad matemática, es también física cualitativa, de las cualidades llamadas primarias; su inteligibilidad se expresa en nuevas cualidades que ya no son sensibles sino físicas (masa, gravedad, luz, etc.) capaces de ser expresadas por relaciones matemáticas (Aubert Jean-Marie, 1984, p. 140).

Puesto que la nueva ciencia de la naturaleza es matemática, por el hecho de ser todo en ella mensurable, la idea que surgió espontáneamente fue la de asemejar la naturaleza a una *enorme máquina*; por tanto, todo debe poderse explicar por modelos mecánicos. La explicación mecánica da una representación clara de las relaciones cuantitativas entre los fenómenos. Puesto que la nueva ciencia renunciaba a “sentir” cualitativamente la naturaleza, no podía sino intentar *representársela imaginativamente*, según un modelo mecánico, que por vía de analogía, reduce la relación matemática abstracta a un nivel familiar.

Para Descartes y algunos modernos, el mecanicismo ciertamente era universal, pero sólo en el ámbito de la materia y de la cantidad; era aplicable a todos los seres vivientes (animales-máquinas) y de un modo especial al cuerpo humano. La mejor demostración de este hecho fue el descubrimiento de la circulación de la sangre hecho por Harvey en 1628, con el modelo mecánico sugerido por los movimientos del corazón. (1984, p. 146).

Luego, varios son los acercamientos que da Descartes frente a su concepción de física, sin embargo tal posición va enmarcada por un amplio desarrollo de un pensamiento metafísico que se convierte en soporte del mismo.

En el *Tratado del hombre*, Descartes se acerca a una explicación física por medio de la exposición anatómica del cuerpo y la disposición mecánica que él puede observar de tales procesos biológicos. Hay una premisa necesaria y es la de mostrar el mecanicismo en todo ello, de tal forma que tanto movimiento, peso, fluidez son objetos claros de explicación frente a la dinámica e interacción del cuerpo humano en el diario vivir. También afirma el filósofo que el hombre está formado a través de cuerpo y alma, tal cuerpo también es figurado como estatua o máquina que “dispone en su interior todas las piezas requeridas para lograr que se mueva, coma, respire...” (Descartes, 1990, p. 50), tales movimientos dependen de la disposición de los órganos.

Tal máquina proporciona una diversidad de movimientos más que un reloj, molinos, etc., estos movimientos han sido construidos por la mano de Dios y todas estas piezas son las que componen el ser humano. Esta descripción de anatomía está inspirada en la *iatromecánica*, que se funda en la descomposición diminuta de la máquina de nuestro cuerpo.

De las partes más pequeñas existen *movimientos* que ayudan en la dependencia de la máquina del cuerpo, por ende la interacción que existe entre las células del cuerpo humano dan cabida a que toda formulación anatómica sea vista desde el campo del movimiento, es decir, desde la mecánica.

Lo anterior es describible desde el ejemplo que da Descartes sobre la máquina del cuerpo humano, teniendo en cuenta la explicación del corazón, esto debido al movimiento de la sangre en el cuerpo humano. Luego, en todas las explicaciones de corte fisiológico que realiza Descartes se respeta el concepto de mecánica, así la explicación que se da en el *Tratado del hombre* explica todas las funciones del cuerpo humano desde la premisa física de movimiento, sobre todo lo que se refiere a la circulación de la sangre.

Otra fundamentación precisa que da Descartes en torno a la *Física* se muestra en los *Principios de la filosofía*, allí en la Segunda parte denominada “De los principios de las cosas materiales” se encarga de exponer todo un tratado que explica los conceptos básicos de la física, entre ellos, de movimiento, peso, dureza, color, entre tantos otros, por eso es pertinente describir el párrafo IV de esta segunda parte que reza así:

La naturaleza del cuerpo no consiste en el peso, la dureza, el color, o cualidades semejantes sino en la sola extensión. Al proceder así percibiremos que la naturaleza de la materia, o del cuerpo considerado en general, no consiste en ser una cosa dura, pesada, coloreada o que afecté de algún otro modo los sentidos, sino tan sólo en ser una cosa extendida en largo, ancho y profundidad. (Descartes, 1997, p. 42)

Según Carlos Alberto Cardona Suárez (1997) en su texto *De la metafísica a la física en el programa cartesiano*, expone que los principios centrales de la física cartesiana fueron expuestos en dos oportunidades distantes en el tiempo. En primer lugar, – cita a Descartes – en el *Tratado del Mundo* (1633) Descartes establece la estructura corpuscular de las entidades físicas y después de sugerir el recurso de la ficción, permitiendo que el pensamiento salga de este mundo para ir a otro nuevo ajustado a las leyes ordinarias de la naturaleza que han sido maravillosamente establecidas por Dios, hace notar que : “tales leyes son suficientes para lograr que las partes de ese caos [se refiere a la condición inicial

en la que Dios crea de nuevo a nuestro alrededor tanta materia que no sea posible percibir ningún lugar vacío] se desenmarañen y dispongan en tan buen orden que alcance la forma de un mundo perfecto..” (Descartes, 1633).

En segundo, lugar, en los Principios de la filosofía (1641) se exponen las mismas leyes mencionadas atrás, pero esta vez revestidas de una posible fundamentación metafísica. La diferencia que queremos resaltar entre lo que en lo sucesivo llamaremos Física Primera (1633) y Física Segunda (1641), reside en el tipo de fundamentación que subyace a cada propuesta.

Según el texto de Cardona *De la metafísica a la física en el programa cartesiano*:

en primer lugar, la Física Primera es heredera de los preceptos metodológicos trazados en las Reglas para la dirección del espíritu Allí se sugiere: 1) reconocer en la *Mathesis universalis* un nuevo intento para comprender qué es lo que hace que una empresa científica sea válida, es decir, la reducción al orden y a la medida; 2) iniciar las investigaciones con las verdades más obvias y simples que estén al alcance; 3) acudir al método del análisis y la síntesis empleado por los antiguos geómetras; 4) utilizar tal método para dilucidar los problemas epistemológicos. En segundo lugar, la Física Segunda exige una arquitectónica que podría sugerir una mayor solidez. Esta arquitectónica se ajusta a la división interna de los Principios de la filosofía: 1) principios del conocimiento en general; 2) principios metafísicos de la física; 3) principios físicos del movimiento; 4) leyes particulares ajustadas a los distintos fenómenos. (Cardona, 1997, p. 26)

Prosigue exponiendo Cardona Suárez que

Tanto la Física I como la Física II se pueden edificar sobre la base de los siguientes cinco principios:

- a) La esencia de los cuerpos radica en la extensión.
- b) La diversidad se puede explicar por principios mecánicos que involucran únicamente cantidades de movimiento y distribuciones geométricas.
- c) Principio de inercia: cada cosa se mantiene en el mismo estado en tanto que es posible y sólo lo modifica en razón del encuentro con otras causas exteriores.

d) Principio de conservación de la cantidad de movimiento: cuando un cuerpo impele a otro, no puede darle ningún movimiento si él no pierde simultáneamente igual cantidad del suyo, ni restarle si el suyo no aumenta en igual cantidad.

e) Principio de la conservación del movimiento rectilíneo: cuando un cuerpo se mueve, cada una de sus partes en particular tiende a proseguir su movimiento en línea recta. (1997, p. 26)

Ahora bien, el concepto metodológicamente regulador de la física-matemática cartesiana es el concepto de “extensión”; en el término abstracto “extensión”, que por ahora se identifica con el geométrico, es posible distinguir tres aspectos: dimensión, unidad y figura. Por dimensión se entiende el modo y razón según los cuales un objeto es considerado mensurable. Esto permite ampliar el dominio de la extensión al evitar que se circunscriba al ámbito de la longitud, la anchura y la profundidad; en consecuencia, permite que la gravedad, por ejemplo, sea la dimensión según la cual los objetos son pesados; la velocidad, la dimensión del movimiento, etc. Por unidad se entiende la naturaleza común que debe participar igualmente en todas las cosas que se comparan entre sí. Por figura se concibe los límites de lo extenso (1997, p. 32).

Dadas estas particularidades que Descartes muestra sobre la Física en la segunda parte de *Los principios de la filosofía*, culmina afirmando en el párrafo LXIV que: “En física no admito ni deseo principios diversos de la geometría o de la matemática abstracta, porque de este modo se explican todos los fenómenos de la naturaleza y pueden darse de ellos demostraciones ciertas” (1997, p. 74), en este apartado el filósofo admite una mathesis implícita en todos los conceptos trabajados hasta el momento (principalmente los que se dan en torno al concepto de movimiento y sus acepciones físicas), de tal forma que los conceptos geométricos subyacen a las investigaciones planteadas y también ingenio

bastante adecuado para comprender las demostraciones matemáticas. De esta forma, sigue explicando Descartes que

confieso que no conozco más materia de las cosas corpóreas que la omnímodamente divisible, figurable y movable que los geómetras llaman cantidad, y toman por objeto de sus demostraciones; y que no considero en la misma absolutamente nada más que estas divisiones, formas y movimientos; y que nada admito por verdadero acerca de ellos, que no se deduzca tan evidentemente de aquellas nociones comunes de cuya verdad no podemos dudar, que debe tenerse por demostración matemática. (1997, p. 74)

Este instrumental matemático permite comprender el mecanicismo cartesiano sugerido a partir de la exploración del mundo y del cuerpo humano como *res extensa*, pues los fenómenos naturales que le afecten van a ser expuestos en una mensurabilidad objetivada en la física.

Siendo la observación más exacta, y la aplicación de las leyes matemáticas y geométricas también, concluye Descartes el apartado LXIV diciendo que “ ..y como de este modo pueden explicarse todos los fenómenos de la naturaleza, como se verá más adelante, estimo que no deben admitirse ni son deseables otros principios de física” (1997, p. 105). Principios tales que se articulan con lo planteado en *Las Reglas para la dirección del espíritu*, en el *Discurso del método*, y en los mismos *Principios*, en todas estas obras se infiere lo que se podría denominar el “árbol del conocimiento”, tal árbol está fundamentado de la siguiente forma: en las raíces se ubica la metafísica como substrato necesario para toda acción, pensamiento que determine al mundo, el hombre y Dios. Tales raíces están unidas de forma apropiada por el tronco en el que se ubica la física, es decir, que lo supeditado en torno a la metafísica se ve reflejado en los sucesos y acciones que se muestran en el mundo y en el hombre – entendiendo las diferentes manifestaciones anatómicas y fisiológicas de éste – dados en la capacidad de abstracción matemática y

geométrica que sugiere el filósofo – todos estos principios físicos se determinan en la acepción que se muestra en *Las Reglas para la dirección del espíritu*, y que en la Regla XIV se sugiere como *extensión* (Descartes, 1983, p. 233) –. Luego, las diferentes ciencias que florecen a partir de lo planteado y articulado frente a la metafísica y la física se convierten en otras disciplinas que acompañarán la búsqueda de la verdad, como búsqueda de conocimiento.

De igual manera, en conexión con la reflexión de la física y la metafísica cartesiana, es importante mencionar la relevancia que tiene el tema del mecanicismo al aporte del presente trabajo, es así que según Leticia Rocha Herrera en su texto *Descartes y el significado de la filosofía mecanicista* afirma que

El proyecto científico de Descartes se caracteriza por albergar dos vías metodológicas: por un lado, éste se interesa en establecer los principios generales de la realidad, esto es, explicar las cosas a partir de sus principios verdaderos o causas, y derivar de ellos sus efectos o conclusiones; por el otro -dada su preocupación por conocer los diversos fenómenos particulares-, Descartes insiste en la consideración de la observación y experimentación de los fenómenos concretos, para decidir y apoyar la verdad de las proposiciones universales. Esta última vía es la postura más empirista que alimenta, en gran medida, las reflexiones realizadas en nuestros días, la cual destaca la importancia de la experiencia en la adecuada explicación de los fenómenos naturales. (Rocha Herrera, 2004, p. 3)

Teniendo en cuenta los anteriores aspectos trabajados como presupuesto para abarcar el proyecto filosófico de Descartes en cuanto a realizar una filosofía del hombre desde los aspectos físicos y cognitivos, se develará en el próximo capítulo la reflexión por lo que implica la mente para el cuerpo y viceversa, y de esta manera comprender esta relación que se complementa en doble vía, y así, ir indagando por la concepción que se tiene de hombre en cuanto a esto.

2. RELACIÓN MENTE – CUERPO

El problema del hombre en Descartes puede exponerse desde el dualismo entre la mente y el cuerpo, de esta forma Mateu Cabot en la introducción “La correspondencia filosófica como testimonio de una época” de la Obra de Descartes de *Correspondencia con Isabel de Bohemia y otras cartas* afirma que Descartes es “el gran promotor de esta cuestión al dividir en su metafísica, lo existente en dos categorías o sustancias: por una parte aquella cuya esencia es el pensar, la *res cogitans*, y por otra la que es el ocupar una extensión, la *res extensa*” (Cabot, 1999, p. 11).

El planteamiento dualista (mente –cuerpo) del pensador francés invita a actualizar dichas reflexiones teniendo en cuenta la razón, la experiencia, los sentidos, las pasiones, la fisiología del cuerpo humano, donde este último es comprendido como una compleja máquina.

Sin lugar a dudas, es notable la gran importancia que este problema ha tenido con el pasar de los siglos (dualismo mente –cuerpo). Lo cual indica, que con Descartes la reflexión no está terminada y que por el contrario, el quehacer filosófico en este tema aún encuentra un campo de indagación bajo el cual va estar en el centro el ser humano.

2.1 PROBLEMA GENERAL

Para comenzar este capítulo el cual tiene como propósito hacer una exposición de la relación entre mente y cuerpo a partir de Descartes, es necesario abordar los precedentes y condiciones que se dan para continuar con más claridad dicha exposición. Teniendo en cuenta lo anterior, es preciso acudir como punto de partida al dualismo cartesiano de la *res cogitans* y la *res extensa*. Sin embargo, en este dualismo, es preciso advertir que Descartes dio más relevancia y preeminencia a las *res cogitans*, es decir al *mens, cogitatio* (cosa que piensa) antes que a la *res extensa*, puesto que esta última se hace más incierta e insegura para la razón, incluso sostiene una independencia indubitable de la mente respecto al cuerpo, así en el *Discurso del método*

Conocí con eso, que yo era una sustancia toda la esencia o naturaleza de la cual no es sino pensar, y que no necesita, para ser, de ningún lugar ni depende de ninguna cosa material; de manera que ese yo, es decir el alma, por la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinto del cuerpo, e incluso más fácil de conocer que este, y que, aun cuando éste no fuese, el alma no dejaría de ser todo aquello que es. (Descartes, 2005, p. 121)

Se sabe que el hombre es *cogitatio* (*pensamiento, razón*), y que solo en él se puede dar la verdad, *la claridad y la distinción*. Por otra parte la *res extensa* se refiere al mundo físico y por tanto de ella no puede proceder nada seguro y cierto, ya que está sujeta a las percepciones y sentidos, los cuales considera Descartes nos engañan. Teniendo este presupuesto, Descartes pone en un punto central *la res cogitans* dándole una mayor importancia, ya que de esta se puede tener más confianza y certeza. Más aún es importante

afirmar que en el dualismo cartesiano no se presenta un radicalismo en la separación de la mente y el cuerpo, de ahí que Descartes en las *Meditaciones* antes de supeditar uno sobre el otro prefiere dar a cada uno lo que le corresponde, por lo tanto es imposible que se renuncie al cuerpo de una forma definitiva.

También me enseña la naturaleza, por medio de esos sentimientos de dolor, hambre sed, etc., que no estoy metido en mi cuerpo como un piloto en su navío, sino tan estrechamente unido, confundido y mezclado con él, que formo como un solo todo con mi cuerpo (Descartes, 1999, p. 78).

Pero, ¿por qué el cuerpo establece una relación y necesidad con la mente? aunque Descartes nunca habló del cuerpo como necesidad para el alma, sí reconoció la importancia de ella para el cuerpo. Se puede decir entonces, que el cuerpo adquiere un sentido en la medida que este sí depende en su totalidad de la razón como se verá más adelante. Por otro lado, el alma o la razón (*res cogitans*) pueden existir sin la necesidad del cuerpo, por lo tanto se hace evidente su certeza y su seguridad.

... otro es pensar; y aquí encuentro que el pensamiento lo único que no puede separarse de mí. Yo soy, yo existo, esto es cierto; ¿pero cuánto? Todo el tiempo que dure mi pensar; pues acaso podría suceder que, si cesase por completo de pensar, cesara al propio tiempo por completo de existir; ya no soy, hablando con precisión sino una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento, una razón (1999, p. 28)

Hasta este punto se puede afirmar que es indubitable la relación entre mente y cuerpo, lo cual para Descartes no quiere decir que ambas estén en un mismo plano de la verdad. La razón o el pensar siempre estarán considerados para Descartes en un grado superior, puesto que la razón sí tiene la capacidad de pensar, asunto que el cuerpo está totalmente ajeno de realizar. Ahora bien, se ha hecho énfasis en que para Descartes tiene mucho más significado la *res cogitans* sobre la *res extensa*, pero entonces surge la inquietud ¿qué papel

cumple el cuerpo en esta relación inevitable? es ahora que Descartes da un reconocimiento al cuerpo puesto que este afecta en cierta medida a la mente.

Cuando mi cuerpo necesita comer o beber, tendría yo un simple conocimiento de esta necesidad, sin que de ellas me avisaran confusos sentimientos de hambre o sed, dolor, etcétera, no son sino ciertos confusos modos de pensar, que proceden y dependen de la íntima unión y especie de mezcla del espíritu con el cuerpo (1999, p. 78)

Queda claro que el filósofo francés no desconoce en ningún momento que los acontecimientos del cuerpo sean indiferentes para el alma. Por el contrario todo lo que afecte al cuerpo irremediablemente también afecta al alma, el dolor, el frío y cualquier otra sensación externa tienen incidencia en la razón.

A partir de ahora y ahondando en la relación entre mente y cuerpo Descartes se preocupa por definir desde una concepción mecanicista y hasta en cierto modo biológica, como ha conformado dicha relación. En *La correspondencia* que sostuvo Descartes con Isabel de Bohemia se entrevé el interés de desvelar este asunto cuando ella preguntó al filósofo en la carta del 16 de mayo de 1643: “De qué forma puede el alma del hombre determinar a los espíritus del cuerpo para que realicen los actos voluntarios, siendo así que el alma no es sino substancia pensante” (Descartes, 1999, p. 26). Ahora para Descartes es de interés explicar de qué manera interactúan el cuerpo y el alma; es preciso entonces que la respuesta logre determinar cuál y de qué forma se da la incidencia del alma sobre el cuerpo y viceversa. Para dar una respuesta a lo que Isabel de Bohemia planteaba, Descartes en la carta del 21 de mayo de 1643 afirma:

Solo tenemos en lo que más particularmente atañe al cuerpo, la noción de la extensión, de la que se derivan las de la forma y el movimiento. Y para el alma tenemos solo la del pensamiento, que abarca las percepciones del entendimiento y las inclinaciones de la voluntad; y por último para el alma y el cuerpo juntos, solo tenemos la de su unión, de la que

depende la de la fuerza con que cuenta el alma para mover el cuerpo y el cuerpo para influir en el alma, provocando en ella sensaciones y pasiones (1999, p. 28).

Con esta carta Descartes manifiesta que las distintas causas del movimiento en el cuerpo tienen consecuencias en el alma, lo que Descartes va a llamar las sensaciones y pasiones. Teniendo ahora la certeza de que tanto el cuerpo como el alma tienen una relación, y que dicha relación para este pensador se mueve en una interacción, es indispensable para él, describir cómo funciona orgánicamente el cuerpo y de qué manera este funcionamiento del cuerpo involucra a la mente, y de la misma manera explicar la incidencia del alma en el cuerpo.

De esta manera la mente y el cuerpo están separados por lo ancho que resultan sus diferencias, pero es también cierto que estas diferencias propician sus relaciones y hasta cierto punto sus necesidades. Es imposible negar entonces sus relaciones y desconocer cómo se afectan entre sí, por lo cual es necesario descubrir qué tipo de relaciones se dan y bajo qué condiciones, por ello es de suma pertinencia indagar bajo qué criterios Descartes establece la relación entre la mente y el cuerpo.

2.2 RELACIONES

Se ha dicho que el dualismo cartesiano hace una separación de la mente y el cuerpo, y que las diferencias entre cada uno son considerables. Sin embargo, para Descartes dicha separación significa también su relación. De este modo concibe, al cuerpo y la mente (*res extensa* y *res cogitans*) en una unión inseparable, es decir pretende dar a cada uno su

importancia de acuerdo a la necesidad respectiva que hay entre las dos, en *las Pasiones del alma*, Descartes afirma:

El alma está verdaderamente unida al cuerpo, y que no se puede decir que esté en alguna de sus partes con exclusión de las demás, porque es uno y en cierto modo indivisible, en razón de la disposición de todos sus órganos de tal modo relacionados entre sí, que cuando alguno de ellos es suprimido ello hace defectuoso todo el cuerpo (Descartes, 1997, p. 102)

Ahora bien, aunque el cuerpo y el alma están irremediabilmente unidos, para Descartes, el cuerpo cuando carece de una de sus partes no implica también que alguna parte del alma desaparezca, puesto que el alma solamente desaparece cuando todo el cuerpo desaparece, de igual manera, siendo el alma una substancia individual e independiente dando cabida a la inmortalidad de la misma.

Teniendo presente la afirmación del filosofo francés, se entiende que concibe al hombre como una unidad inseparable, que encuentra su fundamento en la relación mente cuerpo, para ello recurre a un punto o lugar donde la mente y el cuerpo se unen con mayor fuerza, o en otras palabras el punto de partida de esta relación. Así define este lugar como una glándula que está ubicada en el cerebro y en la cual hacen intersección el alma y el cuerpo. Se puede afirmar, que Descartes comprende esta glándula como el puente de comunicación del alma con el mundo exterior, dado que lo percibido por el cuerpo de muchas formas, es a la vez percibido por el alma como uno solo.

Pero, ¿cómo actúa el alma sobre el cuerpo? El pensador francés afirma, que el primer paso son las percepciones sensibles que provienen del mundo exterior, dichas percepciones estimulan la glándula que está ubicada en el cerebro, y esta última al reaccionar, permite que los espíritus viajen por los distintos nervios y músculos de nuestro cuerpo.

Concebimos, pues, que el alma tiene su sede principal en la pequeña glándula que está en medio del cerebro, de donde irradia a todo el resto del cuerpo por medio de los espíritus de los nervios y hasta de la sangre, que, participando de las impresiones de los espíritus, las puede llevar a las arterias a todos los miembros; y recordando lo dicho antes sobre la máquina de nuestro cuerpo, es decir los hilillos de nuestros nervios están distribuidos por todas partes (1997, p. 104)

Entonces el cuerpo funciona como una máquina. Esta máquina, para él, tiene un motor principal y un engranaje que involucra y hace interactuar todas las partes del cuerpo. Intenta, desde un punto de vista biológico dar a entender cómo se da la relación de la mente y el cuerpo, dando una explicación de cómo acontecen los distintos movimientos en el cuerpo y en las distintas partes que lo conforman.

Sin embargo, Descartes hace una excepción entre la relación mente-cuerpo, pues no todos los movimientos del cuerpo encuentran su causa u origen en el alma; es el caso de cuando se siente miedo. El cuerpo al percibir algo que provoca temor o miedo, estimula los espíritus de nuestro corazón y de nuestras piernas para emprender de esta manera una huida frente al peligro o lo que causa dichos temores. En otras palabras, hay algunas pasiones, que se pueden dar sin necesidad del alma, sino por el actuar de los espíritus que han sido estimulados, de acuerdo a lo percibido del mundo exterior.

Pero, recordemos que Descartes, afirma, que las voluntades le son exclusivas al alma y que solo por motivos extraños tienen una incidencia del exterior. Esto significa que la voluntad del hombre está casi en su totalidad determinada por lo que quiere el alma. Se puede deducir, entonces, que para él, los movimientos del cuerpo son dados por la voluntad del alma, que así lo quieren, con algún propósito. Y como ya se ha mencionado, a partir de ahí se da toda una explicación mecanicista de la forma y funcionamiento de la glándula que está en el cerebro.

... y de las dos clases de pensamiento que he distinguido en el alma, por una parte sus acciones, o sea sus voluntades, por otras sus pasiones, tomando esta palabra en su más amplio significado, que comprende toda clase de percepciones, las primeras le pertenecen absolutamente y solo indirectamente pueden ser modificadas por el alma [...] Y toda acción del alma consiste en que, sólo con querer algo, hace que la pequeña glándula a la que el alma va estrechamente unida se mueva de la manera necesaria para producir el efecto que esa voluntad quieres. (1997, p. 109)

Hasta aquí podemos afirmar que la herramienta con que cuenta el alma para que efectúe acciones sobre sí misma y el mundo exterior, es esta glándula, que prácticamente regula los espíritus que actúan sobre el cerebro, y permiten que el alma pueda imaginar o tener alguna acción voluntaria sobre el cuerpo. En la relación mente-cuerpo hay un factor que es determinante y solamente hace parte de la naturaleza del hombre, este factor que es la acción voluntaria juega un papel crucial pues ella direcciona cualquier tipo de movimiento físico y racional.

2.2.1 Acción voluntaria

Lo primero que hay que afirmar, es que Descartes nunca concibió al ser humano como sola razón (*res cogitans*) o sólo cuerpo (*res extensa*), aunque hace una separación de las dos y da mayor credibilidad a la primera que a la segunda, jamás sostiene que el hombre está determinado por uno solo. Para Descartes el hombre es una composición de pasión y acción, el primero referido al alma y el segundo al cuerpo, por lo tanto ambas poseen funciones diferentes aunque estrechamente relacionadas.

El alma tiene varias funciones, las primeras las llama *acciones del alma* y a las segundas las llama *pasiones*. En las acciones del alma se da lo que Descartes define como nuestras voluntades que a la vez también se dividen en acciones propias del alma y acciones que

terminan en el cuerpo. Las acciones del alma se remiten únicamente a cosas que no son materiales y se desenvuelven solamente en el pensar; Descartes concibe dentro de este tipo de acciones el amar a Dios, por ejemplo. Por otro lado las acciones que terminan en el cuerpo, son todas aquellas que por voluntad determinan el movimiento del cuerpo; es decir son todas las acciones que dan una dirección a la *res extensa*.

Nuestras voluntades son también de dos clases; pues unas son acciones del alma que terminan en el alma misma, como cuando queremos amar a Dios o generalmente aplicar nuestro pensamiento a algún objeto que no es material otras acciones que terminan en nuestro cuerpo, como, por el simple hecho de que tenemos la voluntad de pasearnos, nuestras piernas se mueven y nadamos. (1997, p. 95)

Según Descartes, el cuerpo no tiene una voluntad propia que lo controle sino que es función del alma indicarle sus movimientos, teniendo presente que la única en pensar es la razón y no el mundo material del que hace parte el cuerpo (*res extensa*). De ahí que las acciones del alma están dirigidas en un doble sentido, por un lado para el pensamiento y por otro el dominio mismo del cuerpo que hace parte de la naturaleza del hombre.

Ahora bien, nuestras voluntades están en una intrincada relación con un tipo de percepciones o de conocimientos que tienen por causa el alma y que provocan en el ser humano la imaginación y las distintas formas de pensamiento. Aunque este tipo de percepciones hacen parte de las pasiones que es la otra función del alma, tienen estrecha relación en la medida que la imaginación y las distintas formas de pensamiento solo se pueden lograr por medio de la voluntad del alma.

En cuanto al cuerpo, viene siendo lo mismo que la acción, y se le atribuye el movimiento. Este movimiento se da, o es causado por los órganos que hacen parte del mismo cuerpo. Pero además, en todo lo anterior Descartes incluye algo que va a llamar los espíritus

animales. Estos espíritus animales Descartes los comprende como *partes sutiles de los nervios y la sangre*, y son esencialmente los que explican cómo se da el movimiento en los diferentes órganos del cuerpo. Descartes afirma que estos van de los nervios y luego pasan a los músculos que son los que finalmente dan origen al movimiento

Se sabe a sí mismo, que todos estos movimientos de los músculos, lo mismo que todos los sentidos, dependen de los nervios, que son como unas cuerdecitas o como unos tubitos que salen, todos del cerebro y contienen, como este, cierto aire o viento muy sutil que se llama los espíritus animales [...] Ahora bien, estas partes muy sutiles de la sangre componen los espíritus animales (1997, p. 85)

Descartes intenta explicar cómo el funcionamiento del cuerpo es mecánico donde el movimiento de unos órganos da como consecuencia el movimiento de otros, podría decirse casi desde una perspectiva biológica. Sin embargo, explica que existen unos espíritus animales que son la causa principal del movimiento del cuerpo, más aun, él no profundiza en dilucidar cuál es la naturaleza de dichos espíritus. Descartes, en este sentido, no logra dar una explicación del todo completa en cuanto a la relación entre movimiento y espíritus animales.

Ahora bien, para comprender con más claridad cómo se da la relación entre la mente y el cuerpo es preciso diferenciar las clases de percepciones que hay. Las primeras son las percepciones externas y las segundas las percepciones internas, ambas con un punto de partida en común pero con notables diferencias por su naturaleza.

2.2.2 Percepciones externas

Las percepciones están clasificadas, en dos clases; las que provienen de las impresiones que causan los objetos exteriores a nuestros sentidos y otras que afectan al alma. Bajo las percepciones que se dirigen a nuestros sentidos están aquellas que se refieren solo a las sensaciones del cuerpo y otras que Descartes considera solo participan los sentidos. Las primeras percepciones que se refieren únicamente al cuerpo son aquellas que le permiten al hombre identificar el frío, el calor, y cualquier otra sensación que abrace solamente al cuerpo. En cuanto a las segundas, Descartes afirma que son todas aquellas que se dan fuera de nosotros pero que son percibidas solamente por los sentidos sin que necesariamente afecten nuestro cuerpo.

Aunque sostiene que hay una diferencia marcada entre las dos percepciones exteriores al hombre, finalmente las une, asegurando que las sensaciones aunque no afecten al cuerpo directamente, ya el cuerpo las reconoce en sí y las percibe en sí mismo. Es decir, la sensación de frío o de calor que el hombre tiene y la sensación de calor que percibe de fuera, vienen siendo una misma sensación, ya que el cuerpo las percibe y las reconoce con el mismo significado.

Así podemos sentir al mismo tiempo, y por medio de nuestro nervios, la frialdad de nuestra mano y el calor de la llama a que se acerca, o bien al contrario, el calor de la mano y el frío del aire a que está expuesta, sin que haya ninguna diferencia entre las acciones que nos hacen sentir el calor o el frío de nuestra mano y las que nos hacen sentir el exterior a nosotros, sino que, como una de estas acciones sobreviene a la otra, nos parece que la primera está ya en nosotros, y que la que sobreviene no lo está aun, sino en el objeto que la causa (Descartes, 1997, p. 98).

Este tipo de percepciones de las que habla Descartes tienen como propósito solamente la impresión del cuerpo. Pero sucede que las impresiones del cuerpo, no están separadas de la mente irrevocablemente, algunas por el contrario se convierten en percepciones o pasiones

del alma que son entendidas como divagaciones de la mente, ilusiones de nuestros sueños o cuando el pensamiento simplemente divaga.

Es evidente que se sigue haciendo una distinción clara entre las funciones del cuerpo y las de la mente, pero también es cierto que las sigue relacionando sin demasiadas discrepancias, puesto que todas las pasiones del alma no tienen como causa la misma alma, sino que el cuerpo tiene gran incidencia en ellas también. Se puede decir además que existen otro tipo de percepciones que son más complejas en la explicación de Descartes y que afectan únicamente al alma. Estas percepciones son más complejas pues en ellas es necesario distinguir unas de otras para finalmente descubrir cuales dan origen a las pasiones del alma.

2.2.3 Percepciones internas

Antes de explicar de qué forma se dan las percepciones o pasiones del alma, el pensador francés aclara que aquellas que están en relación con las percepciones del cuerpo son sombras y nos pueden engañar. Dicho de otra manera, todas aquellas impresiones del mundo exterior, percibidas por los sentidos, se hacen una pasión del alma, sin embargo, son copias engañosas de los objetos exteriores al hombre.

En cuanto a las percepciones del alma hay unas que no tienen ninguna referencia a objetos exteriores y por lo tanto no encuentran ninguna causa en los sentidos o alguna clase de percepción de origen corporal. Son percepciones o pasiones que se dan en el hombre y

tienen como causa el alma misma, aunque advierte que pueden ser provocadas por otras cosas, así en el artículo 25 se afirma que

Las percepciones que se refieren solamente al alma son aquellas cuyos afectos se sienten como en el alma misma, y de las cuales no se suele conocer ninguna causa primera a la que se puedan atribuir; tales son los sentimientos de alegría, de cólera y otros semejantes, que son a veces provocados en nosotros por los objetos que mueven nuestros nervios y a veces también por otras causas. (Descartes, 1997, p. 98)

En este sentido se cree que las pasiones o percepciones que son propias del alma a diferencia de las que pueden ser causadas por las cosas exteriores, no nos pueden engañar puesto que en ellas no hay ninguna sombra del mundo exterior. Se puede afirmar que son más íntimas y reales porque el alma las percibe muy vivamente en ella.

“Pero no nos podemos engañar en cuanto a las pasiones, sobre todo porque están tan próximas y tan dentro de nuestra alma que es imposible que ésta las sienta sin que sean verdaderamente tales como las siente” (1997, p. 99).

Teniendo en cuenta que las percepciones internas o del alma son lo mismo que las pasiones, Descartes da una explicación acerca del significado del concepto pasión, ya que para él son también, percepciones, sentimientos o emociones del alma.

Primero son entendidas como percepciones ya que estas no son fruto de la voluntad ni de la acción misma del alma, sino que son una sombra que se da precisamente por la unión del alma con el cuerpo. Son también entendidas como sentimiento, puesto que llegan al alma como las percepciones, debido a que comparten esta misma cualidad con lo percibido del mundo exterior. Pero también son emociones del alma, y precisamente son estas para

Descartes las que más conmueven al alma y la agitan, porque el alma las siente más fuerte que cualquier percepción exterior o sentimiento.

A partir de la distinción que se hace se puede considerar todo aquello que afecta al alma, bien sean percepciones, sentimientos o emociones como pasiones, aunque las distingue unas de otras, incluso a las últimas atribuye un valor superior. (1997, p. 100).

2.3 PASIONES

Las pasiones del alma tienen una definición explícita donde se relacionan con las percepciones internas. Ya se ha dicho que las percepciones internas pueden tener diverso origen como menciona Descartes al aludir a las percepciones externas que son confusas por estar unidas al cuerpo o los sentimientos que provienen de diversas percepciones. Estos dos tipos de percepciones que a la vez son pasiones tienen un origen común que se llaman nuestras voluntades. Pero existen las otras pasiones que se definen como emociones del alma, estas tienen como punto de partida del movimiento de los espíritus.

Después de haber considerado en qué difieren las pasiones del alma de todos los demás pensamientos de la misma, creo que se puede en general definir las como percepciones, o los sentimientos, o las emociones del alma, que se refieren particularmente a ella, y que son causadas, sostenidas y fortificadas por algún movimiento de los espíritus. (1997, p. 100)

Las pasiones tienen una estrecha relación con lo que sucede en la *res extensa*, es decir, en el mundo exterior, pues todas las percepciones, terminan convirtiéndose en pasiones en el alma. Pero ¿cómo es posible que esto suceda? Descartes sostiene que cualquier circunstancia que provoque en el hombre, temor, miedo, valor o cualquier otra pasión, están

condicionadas por el efecto que todo ello puede tener sobre el cuerpo. De esta manera, cuando el hombre reconoce que algo es perjudicial para él o peligroso el cuerpo reacciona, y efectivamente en el alma se da una respuesta, que puede ser miedo, y luego pasar a ser cualquier otra pasión. Es importante recordar, que todo ello no se da por sí solo, pues en las pasiones que acontecen en el alma está a la vez dándose un movimiento de los espíritus en el cerebro y el cuerpo, que dan origen y respuesta al movimiento del cuerpo.

Es decir si tiene mucha relación con las cosas que han sido antes nocivas al cuerpo, ello provoca en el alma la pasión del temor, y luego la del valor, o bien la del miedo y del terror, según las diferentes temperaturas del cuerpo o la fuerza del alma, y según que antes nos hayamos preservado mediante la huida o mediante la defensa contra las cosas nocivas con las que tiene relación la impresión presente. (1997, p. 106)

Sabemos que Descartes explica el mecanismo de las pasiones en relación con los espíritus que actúan sobre el cerebro y las distintas partes del cuerpo. De acuerdo a ello comprende que la forma mediante la cual actúan los espíritus, es la misma para todos los hombres, por lo tanto no hay otra forma distinta de producir las pasiones en el alma. De ahí, que las pasiones no son diversas en el hombre; la pasión del temor que siente un hombre no es diferente a la pasión de temor del otro. Ahora bien, esto no significa que de acuerdo a una misma circunstancia, o a una misma situación las pasiones provocadas en dos hombres tengan que ser automáticamente las mismas. Como la forma de irrigarse de los espíritus es diversa en cada hombre, las pasiones también terminan siendo diversas, esto quiere decir que en un momento de peligro unas personas pueden reaccionar con terror o miedo, mientras que otras reaccionan con pasiones diferentes como el valor u otras clases de pasiones.

Gracias a las pasiones el hombre se dispone a tomar una decisión contra la situación adversa que se le pueda presentar. Se puede entonces inferir que Descartes atribuye a las pasiones el que un hombre pueda discernir la forma de actuar frente al mundo, si no fuese así sería para el hombre imposible, primero que reconociera lo que acontece en la *res extensa* y segundo que pudiera tomar partida a favor de su propia conservación o actuar como reacción, ante lo que se le presenta.

Pues es preciso observar que el principal efecto de todas las pasiones en los hombres es que incitan y disponen su alma a querer las cosas para las cuales preparan sus cuerpos; de suerte que el sentimiento de miedo incita a huir, el del valor a luchar, y así en otros casos. (1997, p. 109)

Se ha dicho que Descartes atribuye la acción del cuerpo a la voluntad del alma, provocada por las pasiones. En este punto se afirma que el movimiento se puede dar por un hábito necesario que está unido a nuestro pensamiento y que lo exige. Es por ello, que intentar mirar algo que se encuentra lejos, no puede ser un propósito únicamente de la voluntad sino una exigencia también del alma por percibir lo que se encuentra lejos y que a la vez también estimula a la glándula que está ubicada en el cerebro.

Con las pasiones sucede lo mismo. Es imposible, que el hombre se proponga pasiones, por parte de una iniciativa de la voluntad, es necesario que haya una exigencia del alma para que se den. Es decir, nadie puede proponerse sentir temor, o sentir valor, o cualquier otro tipo de pasión sin motivo o razón alguna, pues no es propósito de la voluntad que las pasiones sobrevengan sin que la glándula que está en el cerebro haya tenido una causa para excitarse.

De manera que, para excitar en sí mismo el atrevimiento y desterrar el miedo, no basta tener voluntad de ello, sino que hay que dedicarse a examinar, los objetos o los ejemplos que

persuaden de que el peligro no es grande, de que siempre hay más seguridad en la defensa que en la huida; de que se tendrá la gloria y la alegría de haber vencido, mientras que no se puede esperar más que pesar y vergüenza de haber huido, cosas semejantes. (1997, p. 112)

Cuando se afirma que las pasiones tenían también su origen en el sostenimiento y fortalecimiento de los espíritus, se refería a que hay pasiones que resultan incontrolables para el alma. Hay pasiones tan fuertes que agitan los espíritus en la sangre y el corazón y sobre los cuales no tiene dominio el alma. Cuando un hombre siente ira, siente pasiones desbordadas, el alma no puede hacer nada sobre ellas, pues los espíritus que recorren el cuerpo están alterados. Más aun, sí es posible que el alma ejerza algún dominio sobre las posibles consecuencias de estas pasiones descontroladas, puesto que la ira puede llevar a la acción de golpear y es ahí cuando la voluntad del alma puede detener esta acción, del mismo modo puede proceder el alma cuando hay pasiones y espíritus que no se pueden controlar.

Como la voluntad no tiene fuerza sobre las pasiones, en el alma se suele presentar un conflicto, que se puede llegar a confundir con un conflicto entre dos partes del alma. Respecto a esto Descartes, aclara que el alma es una sola y no tiene partes, por lo tanto, el origen, de este conflicto aparente en el alma, es otro distinto a hablar de partes en el alma. El origen real del conflicto en el alma, radica en los movimientos que ejercen los espíritus animales sobre la glándula que está en el cerebro, ya que estos movimientos pueden ser deseos o anhelos que resultan contrarios para la voluntad del alma. La voluntad de este modo, busca algún recurso para hacer contrapeso a las pasiones que los espíritus han provocado en el alma. El filósofo francés dice que en cierta medida la voluntad logra

ejercer una fuerza sobre esta pasión contraria, sin embargo las pasiones regresan nuevamente, pues los espíritus de la sangre y el cuerpo retornan irremediabilmente.

... y la causa principal de esta lucha es que, como la voluntad no puede provocar directamente las pasiones, como hemos dicho ya, se ve obligada a acudir a la industria y ponerse a considerar sucesivamente diversas cosas, y si ocurre que una puede cambiar por un momento el curso de los espíritus, puede ocurrir que la que sigue no tenga ese poder y que los espíritus reanuden su curso después, debido a que la disposición que ha precedido en los nervios, en el corazón y en la sangre no ha cambiado, por lo cual el alma se siente impulsada casi simultáneamente a desear y no desear una misma cosa. (Descartes, 1997, p. 115)

Descartes pone como principio de las pasiones los objetos del mundo exterior que excitan posteriormente al cuerpo por medio de los espíritus animales, y que finalmente encuentran una respuesta a través de la voluntad del alma. Pero sucede, que todo lo percibido no provoca pasiones automáticamente en el alma, ni tiene la misma fuerza e influencia sobre los espíritus. Es el alma la que de acuerdo a aquello que considera le es útil o de beneficio o le puede causar daño o es nocivo, que las pasiones surgen.

Observo, además que los objetos que mueven los sentidos no excitan en nosotros diversas pasiones en razón de todas las diversidades que hay en ellos, sino sólo en razón de las diversas maneras como pueden dañarnos o beneficiarnos, o bien en general ser importantes; y que el comportamiento de todas las pasiones consiste únicamente en que disponen el alma a querer las cosas que la naturaleza nos prescribe como útiles (1997, p. 121).

En este sentido se asevera que las pasiones no devienen porque simplemente estén presentes en el hombre, sino porque existen condiciones que permiten hacer su advenimiento.

Las pasiones que Descartes considera primarias son: la admiración, ya que no tiene nada que sea contrario, es decir, la admiración es la pasión que nos hace reconocer una novedad que impresiona al alma, y si ocurre lo contrario simplemente se dejaría de llamar pasión (Descartes, 1997). De acuerdo a la admiración, pueden emerger otras pasiones, dichas

pasiones son la estimación o el desprecio, la generosidad o el orgullo y la humildad o la bajeza. La admiración se presenta por novedad, pero esta novedad es provocada por las pasiones que se han mencionado antes. Algo nos puede admirar por su generosidad o su orgullo, o por cualquier otra pasión, más aun, todo esto está sujeto al hombre que las admira.

De esta manera se da una sucesión de pasiones que provienen de otras, o que encuentran su causa y su relación por la anterior. Así el amor, el odio, el deseo, la esperanza, el temor, los celos, la seguridad, la desesperanza, el remordimiento, la cobardía, el terror, el remordimiento, la alegría y la tristeza entre muchas otras están conectas por sucesivos acontecimientos que despiertan una para con la otra, es decir unas son causas de otras

Ahora bien, todas las precedentes pasiones pueden producirse en nosotros sin que advirtamos en modo alguno si el objeto que las causa es bueno o malo, pero cuando se nos presenta una cosa como buena para nosotros, es decir, como conveniente, esto nos hace sentir amor por ella; y cuando se nos presenta como mala y nociva, esto nos mueve al odio. (1997, p. 122)

Para concluir este capítulo, es pertinente mencionar y resaltar el profundo interés de Descartes por mostrar la relación mente-cuerpo, utilizando desde explicaciones anatómicas y biológicas hasta la comprensión de los sentimientos y sensaciones en el ser humano. De ahí lo importante que resulta este pensador al relacionar el funcionamiento biológico y mecánico con las distintas formas en que se da el pensamiento. De esta manera, pretende con su pensamiento abarcar en su totalidad la realidad del ser humano, puesto que precisamente tanto el alma como el cuerpo involucran toda pasión, acción y voluntad en el hombre.

Es muy significativo el pensamiento de Descartes, ya que precisamente a partir de su filosofía se abre la puerta al pensamiento moderno, pensamiento que se centra en la pregunta ¿quién es el hombre? Sin objeción alguna, se abre un horizonte en la comprensión de un nuevo hombre, ya no parcializado y condicionado en cierta forma por las tendencias medievales, sino por una visión más amplia de su constitución dada en aspectos racionales, fisiológicos, entre otros.

3. PROBLEMAS EN LA RELACIÓN MENTE – CUERPO EN LA CORRESPONDENCIA DE DESCARTES

Para condensar el problema que se ha rastreado respecto a la relación mente-cuerpo en la filosofía cartesiana se ha querido delimitar dicho aspecto con el conjunto de la correspondencia que el filósofo tuvo con Isabel de Bohemia en torno al tema de las pasiones del alma, y desde ahí comprender y problematizar qué tanto de lo que hacemos y reaccionamos está dado desde la modificación de la estructura material del cuerpo, reflexionando en cuanto a las pasiones y la capacidad de la razón, esta última entendida desde la figura de un *tamiz* o “colador” que permite filtrar y dejar lo más importante, tal *tamiz* es identificado como el filtro por el cual se pasan nuestros impulsos al actuar, al decidir, en pocas palabras: la razón, y así entender la capacidad de la mente sobre el cuerpo, de la razón sobre la pasión.

El contenido de las cartas de René Descartes a Isabel de Bohemia tienen un carácter variopinto, denotado en aspectos de matemática, geometría y por supuesto los que atañen al campo filosófico, más específicamente al problema de la relación mente - cuerpo. Se va a reflexionar en torno a las cartas de 1643 a 1645, es en este último año donde se desenvuelve de una manera profunda el tema que nos atañe relacionado al problema mente-cuerpo direccionado en el conflicto pasión-razón.

El problema que es necesario sondear en esta correspondencia es el del conflicto pasión – razón en el hombre, lo anterior teniendo en cuenta la obra cartesiana desde la reflexión del problema mente – cuerpo, identificando el significado de hombre en cuanto máquina en la que se involucran los contenidos de la *res cogitans* y la *res extensa*, ambas irán a determinar lo que es este, juntas tienen que ir de la mano para comprender acciones, pasiones, decisiones y deseos del mismo que tendrán incidencia en una y en la otra. El seguimiento que se puede realizar a esta obra permite ordenar en categorías antropológicas las diferentes explicaciones que podían realizarse a preguntas de orden fisiológico como es el caso de las enfermedades, caracterizaciones de los distintos estados, y cómo la unidad del hombre dada desde el cuerpo y el alma pueden obtener significaciones a lo que Descartes e Isabel llaman *pasiones del alma*.

Es así que el hilo conductor del problema que compete a la relación mente – cuerpo está dado en las *Pasiones del alma*, *El tratado del hombre* y en la *Correspondencia con Isabel de Bohemia*, luego, tales obras servirán para comprender y problematizar dicha unión, y son las que han dado bases a la elaboración del presente trabajo, sin menoscabar los aportes de otras obras que son importantes para reflexionar frente al problema del hombre.

En los anteriores capítulos se ha realizado una reflexión que tiene como fin pensar en la relación mente – cuerpo, pero para llegar a esta es necesario indagar objetivamente el conflicto razón–pasión que está fundado en la capacidad de analizar en el mismo sentido el problema del cuerpo y la mente. En la introducción a las cartas hecha por Mateu Cabot se sugiere que en el discurso cartesiano se apropia la categoría de *res cogitans* y *res extensa*, pues bien, frente a tales se ubica un elemento intermedio que serviría para clarificar o

explicar las reacciones que se suelen tener cuando se reflexiona por el papel de los sentimientos o acciones volitivas, este tercer actor se denomina “*pasión*” (Cabot, 1999, p. 11)

El ejercicio de rastrear la correspondencia de Descartes con Isabel de Bohemia para examinar la relación mente – cuerpo como relación ligada al problema de razón – pasión en el filósofo francés es importante para comprender el funcionamiento del cuerpo humano como unidad, como máquina, como un todo complejo.

3.1 CARTAS CON ISABEL DE BOHEMIA, OBJECIONES Y RESPUESTAS

Se ha querido realizar el presente capítulo recopilando de forma cronológica las cartas que van de 1643 hasta 1645 mostrando en estas últimas el punto álgido del problema mente-cuerpo y su vinculación con el tema de las pasiones del alma; se trata de comprender la máquina del cuerpo y de todo el andamiaje que gira alrededor del mismo en cuanto a su estrecha conexión con la mente y cómo es posible tal relación.

3.1.1 Mente y cuerpo

Descartes en carta del 21 de mayo de 1643 responde a Isabel la inquietud que realiza sobre “de qué forma puede el alma del hombre determinar a los espíritus del cuerpo para que realicen en los actos voluntarios, siendo así que no es el alma sino substancia pensante”

(carta del 16 de Isabel a Descartes del 16 de mayo de 1643) frente a lo anterior Descartes comenta que

... hay dos facultades en el alma humana de las que depende todo el conocimiento que podemos tener de su naturaleza, de las cuales una es que piensa, y la otra, que, por estar unida al cuerpo, puede actuar y padecer con él (Descartes, 1999, p. 25).

De forma que todas las acciones que realice el hombre van a tener que ser sopesadas por esta substancia pensante, que tiene una conexión fuerte y estrecha con el alma, tanto así que el mismo filósofo hasta es capaz de parangonar dichos términos para equipararlos al problema que nos compete hasta el momento. Es claro el propósito del filósofo francés en determinar que quiere “probar la diferencia entre el alma y el cuerpo” y cómo esta tiene poder para moverlo, a modo de mandato u orden. Luego, al alma le es conferida la función del pensamiento “que abarca las percepciones del entendimiento y las inclinaciones de la voluntad” (1999: 28) de tal manera que en cierta medida ubica al alma como la capacitada para realizar un ejercicio de raciocinio y de obrar, no entendido como la capacidad de elección sino simplemente obrar, actuar, de estar ahí para ser filtro de las acciones que está en capacidad de hacer. Tales reflexiones permiten a Descartes en esta misma carta afirmar que

para el alma y el cuerpo juntos, sólo tenemos la de su unión, de la que depende la de la fuerza con que cuenta el alma para mover el cuerpo, y el cuerpo para influir en el alma, provocando en ella sensaciones y pasiones (1999, p. 28).

Por tanto, el arquetipo cartesiano del actuar del hombre está dado bajo dicha unión que queda clara en las relaciones que de esta puedan surgir para la comprensión racional de las emociones o de las pasiones.

Empero, Descartes problematiza dicha afirmación proponiendo unas funciones específicas en la dualidad cuerpo – alma, pues a cada uno de estos elementos sugiere la concepción de nociones que afectan tanto la parte sensorial como el alma y las apreciaciones o maquinación que da esta sobre lo que afecta al cuerpo.

Es así, que se da una referencia al trabajo del alma sobre el cuerpo, o mejor, de la mente sobre el cuerpo; la explicación que da el filósofo acerca de dicha unión le permite exponer la característica de “movimiento” imbuida bajo las acciones de impulso, sentimiento o pasión que le otorga la capacidad de actuar de una forma dada.

En carta de Isabel a Descartes del 20 de junio de 1643, esta realiza dos preguntas fundamentales para la comprensión del tema y son “Cómo entonces es posible que el alma siendo inmaterial pueda mover un cuerpo, luego, ¿por qué el alma está tan sometida al cuerpo? (1999, p. 32) y, “de qué forma el alma actúa y manifiesta sus pasiones en el cuerpo” (1999, p. 33). Tal relación Descartes la aclara por medio de la triada que compone la coyuntura de lo que implica mente – cuerpo, así se propone que existe la noción particular de alma y cuerpo, y por ende de la noción de la unión de estos elementos.

Al tener presente estos conceptos dentro de lo que atañe al problema a tratar es que existe cierta preminencia por dar al alma la capacidad de ordenar o manejar el cuerpo, comprendiendo sus acciones y la posibilidad de enfrentar y reflexionar lo que siente y percibe, y así poder entender hasta los propios sentimientos o emociones que pueda producir este eslabón de acciones.

En carta de Descartes a Isabel, del 28 de junio de 1643, considera entonces ambas acciones como una sola con ayuda del entendimiento, así que lo que existe es una persona única, que tiene a un tiempo cuerpo y pensamiento, y que son ambos de naturaleza tal que ese pensamiento puede mover el cuerpo y sentir los accidentes que le acecen (1999, p.36).

De esta manera se entiende el cuerpo como extensión, y alma referida a la parte del pensamiento, Descartes va a simplificar el problema acercándolo al concepto de unión que se puede tener de cuerpo y alma, ya que dados estos conceptos Isabel le responderá en carta del primero de Julio de 1643 que “Ello me mueve a pensar que el alma tiene propiedades que no conocemos y pudieran, quizá, trastocar esa carencia de extensión del alma de la que, con sus excelentes razones, me convencieron vuestras Meditaciones metafísicas” (1999, p. 40) he aquí que con esta afirmación le da un objeto de estudio a las acciones que el alma podría llegar a influenciar en lo que se podría denominar extensión, estrechamente vinculada al cuerpo. Es así que, se quita el velo frente a las nociones vinculadas con el campo del pensamiento, la mente y la razón capaces de realizar muchas acciones en la máquina del cuerpo humano, además las anteriores acepciones unidas al papel de función del alma sobre el cuerpo.

El campo de la física no puede desligarse de la realidad corporal, así como tampoco la relación entre alma y cuerpo y las infinitas posibilidades de afección de la primera sobre el segundo, luego existe “cierta noción particular que nos permite concebir ese hecho” (Descartes, 1999, p. 28) que da cabida a la acepción de mente, o substancia pensante, de tal manera que el arquetipo de la máquina del cuerpo va a tener esta íntima relación, una hacia la extensión y la otra hacia la capacidad mental de saber lo que se hace y hacia qué.

Lo anterior se puede observar en la carta de Descartes a Isabel de julio de 1644, donde Isabel le ha comentado a Descartes unas dolencias de estómago, a lo cual el filósofo se propone dar una serie de consejos que van desde el cuidado del cuerpo, hasta aquellos que provienen del alma que tiene gran poder sobre el mismo, de ahí la pregunta de “cómo se puede demostrar las fuertes alteraciones que en él provocan la ira, el temor y las demás pasiones” (1999, p. 55). Así, según esto es posible que una afección – supongamos una enfermedad – puede llegar a ser causada o bien por agentes externos como un virus o una caída, como también por afecciones internas o movimientos internos que en este caso serían las *pasiones*, de igual forma hasta una situación de miedo, por ejemplo, el hecho de enfrentarse desprevenidamente a una jauría de perros hace que la pasión del temor o miedo acelere el corazón permitiendo que los espíritus animales recorran las extremidades hasta llegar al corazón y de igual forma al cerebro, dando así el impulso de correr o buscar un refugio para salvaguardarse del peligro; de esta manera se puede observar la capacidad que tienen las pasiones de modificar la estructura material del cuerpo, a otra persona con la misma situación tal vez pueda elegir otra acción con la cual se pueda ver libre del peligro.

3.1.2. Relación mente-cuerpo en el valor de las pasiones

Descartes en carta del 18 de mayo de 1645 afirma que “las almas vulgares se dejan arrebatar por sus pasiones (...) mientras que las otras poseen tal fuerza de raciocinio que, aunque también tengan pasiones, e incluso más violentas que las del vulgo, su razón es siempre, empero, la que manda, poniendo a su servicio esas mismas aflicciones y

obligándolas a contribuir a la perfecta felicidad de que gozan ya en esta vida” (1999, p. 63). De esta manera, es necesario indicar la aplicación de la razón frente a las pasiones; dicha razón servirá de tamiz (entiéndase este tamiz como la posibilidad de pensar antes de actuar, de reflexionar antes de dejarse llevar por los impulsos del cuerpo; este tamiz como filtro por el cual hay que pasar a las pasiones, y así tener una mejor valoración de nuestras acciones) por el cual pasen las certidumbres de lo que puede sentir el hombre cuando por ejemplo siente hambre, siente dolor de muelas entre otras afecciones que incurren en el diario vivir del hombre.

El mismo Descartes expone que “las grandes adversidades no pueden abatirlas ni infundirles tristeza tanta que haga enfermar el cuerpo al que van unidas” (1999, p. 64), al emplear la noción de sentimientos, unida a la concepción de cuerpo y mente se vuelve una relación estrechamente ligada a una interpretación que pretende dar luces en cuanto a la capacidad que tienen las emociones o sentimientos en el campo fisiológico, tanto así que podría afectar la propia salud del involucrado en este conflicto; de cierta forma entonces, el ser humano se ve inmerso en el día a día a este tipo de situaciones que en Descartes ya han sido sopesadas y que aun hoy se convierten en punto de reflexión y análisis para la filosofía, la psicología, la medicina, entre otras ramas que involucren estas dimensiones. Lo anterior se puede constatar con la carta de Isabel a Descartes del 24 de mayo de 1645, allí la emisora de la carta responsabiliza a su alma sobre los desórdenes de su cuerpo. Tal afirmación no es del todo descabellada teniendo en cuenta los argumentos del filósofo en las cartas anteriores donde el papel del alma muestra un rol fundamental en la unidad con el

cuerpo, también es necesario observar el papel que cumple la explicación mecanicista de Descartes frente a la reflexión del cuerpo como regulador de lo que acaece en el alma.

Hasta este punto hay que observar una tendencia del filósofo francés a reflexionar sobre el papel de las pasiones y su influencia en la relación mente-cuerpo, frente a ello en la carta de Descartes a Isabel de junio de 1645, se pueden entrever algunos aspectos que irían inmersos en esa unión que implican aspectos desde fisiológicos hasta intelectivos. El pensamiento tiene la capacidad de influenciar sobre el cuerpo, o mejor aún, sobre los objetos que puedan afligirlo. La mente (pensamiento) puede ser objeto de influencia en la somatización de algunos aspectos de la persona (entiéndase aquí como puede ser una enfermedad, un dolor de cabeza, un dolor de estómago, temblor en las manos, entre tantas afecciones repentinas que ocurren en el cuerpo por virtud de las emociones que puedan afectar al hombre, en lenguaje cartesiano, las pasiones del alma).

Los anteriores aspectos que pueden afectar al conjunto del cuerpo, van a recaer en la posibilidad del examen sobre la felicidad o en palabras cartesianas “el vivir contento”, frente a lo anterior en carta de Descartes a Isabel del 4 de agosto de 1645 expone las tres reglas morales contenidas en *El Discurso del Método*, donde la primera regla afirma que hay que darle el mejor uso posible al intelecto para saber así lo que debe hacer o no hacer en cualesquiera circunstancias de la vida, ya en la segunda recomendación existe un elemento primordial para el discernimiento de las acciones a realizar ya que debe hallarse continua y firmemente resuelto a llevar a cabo todo cuanto le aconseje la razón, sin que lo desvíen de ello sus pasiones o apetitos (1999, p. 82). Teniendo en cuenta lo anterior se ve necesario según el filósofo francés el uso permanente de la razón frente a las acciones que

llegáramos a realizar, luego, se equipara esto con el significado de una “vida virtuosa” según Descartes en la cual se deben ir regulando los deseos y pasiones y gozar así de la felicidad natural a la cual todo hombre está llamado a realizar; es decir que la columna de las acciones del ser humano debe estar supeditada al recto uso de la razón en todas aquellas situaciones donde muy probablemente las pasiones sean las que elijan el proceder de este.

Descartes se ve influenciado por comentar el papel de una vida virtuosa exponiéndola desde el ámbito del cuerpo y alma, luego, tales distinciones hacen que formule una dicotomía en la que se dan dos clases de deleite en el actuar según el filósofo, como los puramente espirituales y los que corresponden al hombre (1999, p. 96), un parangón con lo que el alma es para el cuerpo, su unión y sus afecciones en su actuar. Frente a lo anterior, el comportamiento es base para comprobar las motivaciones que mueven a realizar los actos en el hombre, sean estos movidos por el recto uso de la razón, o por las pasiones, o por qué no decirlo, por el ejercicio de filtrar el contenido de las pasiones por medio de la razón.

Tales pasiones tienen que estar sometidas por la razón concluye Descartes en carta del primero de septiembre de 1645 (1999, p. 99), es así que este ejercicio de la razón o filtro de la razón podrá determinar qué debe y qué no debe hacer y así lograr un adecuado actuar y vivir.

Descartes es claro en afirmar que debe prestarse mucha atención frente a la apariencia de los bienes de este mundo, de tal forma que acuñar la frase de “todo nos es lícito, pero no todo nos conviene” es clara para denotar el cuidado que debe tener el hombre en su diario vivir, aquí el cariz de la explicación sobre las pasiones torna a ser un poco moral, en el que

la evaluación de los actos se podría ver afectado por dichas premisas, y por cierta inclinación hacia la explicación y función de la moral en el hombre.

Los anteriores rasgos muestran la dependencia de lo que es el cuerpo y el alma en el hombre, ya que ambos generan una singular unión que compromete la vía de las emociones, las pasiones, el pensamiento, la aprehensión e interpretación de su diario actuar.

Es importante apreciar el valor de las pasiones como motor fundamental de los estados emocionales de alegría y gozo que puedan tener las acciones del hombre, de ahí que se discuta por el bien supremo o la búsqueda de la felicidad en las mismas, y es allí donde pasión y razón muestran un papel importante, ya que se vincula no solamente un aspecto meramente humano sino que en esta medida va unido al campo ético de nuestro actuar y su finalidad.

A este punto, en carta del 6 de octubre de 1645, Descartes, siguiendo la línea de la carta anterior, desarrolla el problema de las pasiones y en esta ocasión le suma “el movimiento de los espíritus animales que nacen del corazón; o también, en el hombre, por la acción del alma, que tiene cierto poder para cambiar las impresiones que están en el cerebro” (Descartes, 1999, p. 115), frente a tales argumentos en los que se desenvuelven aspectos desde psicológicos hasta fisiológicos en los que el hombre se ve inmerso y en los que aparecen condiciones que permiten responder de una forma u otra, el hombre está dotado para poder racionalizar dichas acciones antes o después de lo acaecido, y así poder tener un punto de reflexión objetivo respecto a las pasiones, a su función y manejo dentro de lo que le compete al ser humano. Además, la capacidad de dar respuestas a través de un examen

serio de los contenidos mentales o contenidos de corte emocional, solo son posibles si se pasan estos aspectos del comportamiento humano por la razón que ayuda a analizar y reflexionar dichas acciones.

En unión a lo anterior, Descartes va a añadir la definición que puede vislumbrar acerca de *las pasiones*, afirma que “por eso es posible llamar pasiones, en general, a cuantos pensamientos pueden las impresiones que se hallan en el cerebro despertar así en el alma, solas y sin concurso de la voluntad (y por consiguiente, sin ninguna acción que de ella proceda), pues todo cuanto no es acción es pasión” (1999, p. 115). El filósofo francés va a afirmar con certeza que solamente aquellos pensamientos que proceden de algún movimiento específico de los espíritus, cuyos efectos se sienten como en la propia alma, llamamos con propiedad pasiones (1999, p. 115), es decir que solo aquello que mueve o afecta al hombre desde su interior y que produce una serie de particularidades en el contenido fisiológico, mental y espiritual puede considerarse como pasión en cuanto permite la acción propiamente del alma. De igual manera en estas tareas se ven afectadas aquellas actividades propias de la construcción del conocimiento que son las sensaciones y las percepciones indicadas para elaborar las impresiones y de ahí todo el andamiaje del empirismo como respuesta a una epistemología moderna, empero, es importante en Descartes rescatar otra vía que permite explicar el por qué del comportamiento del ser humano en algunas circunstancias donde no se sabe por qué se actúa de x o y forma, la respuesta está en que “solo los pensamientos que proceden de algún movimiento específico de los espíritus, cuyos efectos se sienten como en la propia alma, llamamos con propiedad pasiones” (1999, p. 116).

Es decir que no es un pensamiento “filtrado” a la luz de la razón o de la posibilidad de evaluación de los efectos que lleve el mismo, sino que es un pensamiento elocuente, dado si pudiera decirse por el impulso de los contextos fisiológicos, mentales, externos que afectan directamente el conjunto del cuerpo, además de los que pudieran incidir dentro de nuestra alma como el enojo, la alegría, la serenidad, la tristeza, la rabia, entre otros.

Las pasiones entonces se forman de algún movimiento específico de los espíritus cuyos efectos se ven en el alma, y en esa misma medida recaen las acciones que el cuerpo realiza o manifiesta; Descartes propone en este apartado la figura del cuerpo como máquina en el que intervienen las sensaciones que producen la “emoción” que no es otra cosa que la “pasión”, junto a estas acepciones viene una especie de proceso intelectual inmediato, por ejemplo cuando unos perros rabiosos se acercan a un sujeto para atacarlo, inmediatamente percibe tal situación concibe el peligro y graba su uso en el cerebro, que posteriormente se encarga de mandar unas señales que circulan por los nervios desde el cerebro a los músculos, luego, los nuevos espíritus que van del corazón al cerebro se inmutan de forma tal que no pueden ayudar a que se formen más imágenes que las que la pasión del temor despierta en el alma (Descartes, 1999, p. 117). De esta manera se puede vislumbrar una acción mecánica que a su vez permite identificar la posibilidad del proceso racional para poder identificar las pasiones o emociones dentro del conjunto de lo que es el hombre.

Luego, el hecho de que el hombre actúe de una forma u otra frente a una situación particular le permite observar rasgos muy precisos de su capacidad de elección y de las múltiples posibilidades que puede tener al reaccionar, pues se mueve en el terreno de la libertad y del análisis posterior a los actos realizados, así al estar sometido a las diversas

situaciones y sus consecuentes efectos en el actuar humano, se denota la fuerza que tienen las pasiones en el mismo, éstas se expresan en motivaciones que van desde el corte fisiológico de tener hambre o sed, hasta las que atañen a los más recónditos sentimientos humanos como el dolor, la tristeza, la alegría, el júbilo.

3.1.3 Pensar para actuar, ejercicio de la moral cartesiana

Descartes tiene una frase que llama la atención al terminar la carta del 6 de octubre de 1645 donde afirma que

Reconozco que es dificultoso calcular de forma exacta hasta dónde ordena la razón que nos interese por los que nos rodean; mas tampoco es cosa que requiera gran exactitud: basta con cumplir con lo que nos mande la conciencia, y podemos, en esto, atender en gran manera a la propia inclinación. (Descartes, 1999, p. 120)

En este punto se sugiere pasar por el tamiz de la razón a las pasiones indicando como referente el papel de la conciencia, o mejor, Descartes trata de equiparar el sentido y fin de las acciones humanas con sus consecuencias a la parte moral, denotando en este último aspecto el ejercicio de la prudencia como capacidad para obrar bien frente a los otros, siguiendo lo que podría denominarse “lo correcto” en las acciones que a bien tenga a realizar cada persona, filtrando el contenido de sus pasiones en este aspecto. Tal ejercicio de involucrar a la razón como filtro para saber actuar y no dejarse dominar por la pasión, tiene como finalidad la búsqueda del bienestar de la persona, entendido este bienestar como búsqueda de la felicidad, donde el mismo ejercicio de la prudencia irá entrenando el actuar del hombre frente a posibles hechos, situaciones o pasiones que lo afecten. Este tamiz del que se ha hablado y que se refiere al papel de la razón permite que los espíritus animales que viajan por conductos por nuestro cuerpo (entiéndase el sistema nervioso del

cuerpo humano) y que son los que nos mueven a actuar – más aún cuando son impulsados por las pasiones – necesariamente tienen que ser “filtrados” por la razón, y así actuar bien.

Isabel de Bohemia en carta del 28 de octubre de 1645 informa a Descartes sobre el sometimiento de las pasiones por vía de la razón, empero pregunta al filósofo francés ¿cómo puede ser posible que puedan ser excesivas y hallarse sometidas al mismo tiempo? (1999, p. 122). Descartes va a responder en carta del 3 de noviembre de 1645 que existen dos categorías de excesos: una que, al alterar la naturaleza de la cosa, tornándola de buena mala, impide que permanezca sometida a la razón; otra que sólo la hace crecer y, de buena, la vuelve mejor (1999, p. 126). De acuerdo a estas afirmaciones es natural del hombre inclinarse hacia lo que le favorece como bueno y cultivarlo, o caer en el vicio y alejamiento de la virtud y corromperse, para ambas partes es necesario la articulación de la razón. El anterior argumento válido se refuerza en la que el filósofo afirma que ojalá la prudencia mandase en los acontecimientos, sin embargo, es preciso que todos los hombres fueran completamente sabios y prudentes, pues sabiendo lo que tienen que hacer, pudiera haber seguridad de que lo harían (1999, p. 126), tal tarea es compleja pues determinar las consecuencias de una reacción frente a sentimientos, emociones fusionadas en el arquetipo de las pasiones y supeditadas bajo el carácter del libre arbitrio hacen que las acciones del hombre en cuanto a sus impulsos sean materia de evaluación de muchos factores entre los que atañen su parte fisiológica, emocional y racional.

Las anteriores disquisiciones respecto a la naturaleza de las pasiones son abordadas en carta de Isabel a Descartes del 25 de abril de 1646, allí se pregunta por la conexión que existe entre estas y los signos externos de las mismas, donde un movimiento del alma

acompaña a una pasión dada, tal explicación también es puesta en común con la capacidad del hombre de pensar o saber que tiene una emoción y la posterior reacción en el cuerpo, afirma Descartes que

está constituida de tal forma la máquina de nuestro cuerpo que basta un pensamiento de júbilo, o de amor, o cualquier otro por ese estilo, para que los espíritus animales vayan por los nervios a todos los músculos precisos para esos movimientos de la sangre que, como he dicho, acompañan a las pasiones. (Descartes, 1999, p. 144)

Esta referencia en torno a cómo actúan las pasiones sobre la máquina del cuerpo comprende una relación entre una acción, la reacción y el juicio, luego aparece un filtro que en algunos hombres de “almas superiores” - según Descartes – usan, y es la razón, para que por último aparezca la acción post-evaluación de la razón; lo anterior está bajo el examen de diversos factores o variables que pueden afectar el proceder de cada hombre, donde las que más prevalecen son las pasiones, tal vez se le da cabida a la razonabilidad de ellas, pero es un ejercicio arduo y de análisis de las decisiones y de la evaluación de las posibles consecuencias las que tendría que realizar cada hombre, así, resultaría complejo pues así se entienda al hombre como una máquina no puede llegar a ser autómata en su capacidad de obrar y de elegir esto o aquello.

Se observa en este punto de las cartas la madurez del pensamiento cartesiano en cuanto al conjunto de sus obras pues se nota la vinculación del *Tratado de la pasiones* y el *Tratado del hombre*, los visos que se muestran en la correspondencia con Isabel atañen a los problemas expuestos en el *Tratado del hombre*, se muestra al hombre como una máquina con capacidad cognitiva para razonar sus acciones en una constitución psicológica del cuerpo, alma, cerebro y sus sentimientos (1999, p. 111). Conexión entonces desde la explicación del surgimiento de las pasiones y el inquirir por el proceso de las mismas en el

hombre en cuanto conjunto de ser que piensa, se motiva y actúa. De esta manera, cada hombre debería saber – aunque algunos saben – a qué es susceptible su temperamento o actuar, de tal forma que este análisis dado por la experiencia le permita obviar situaciones en las que se pueda ver dominado por las pasiones, es aquí donde la virtud de la prudencia se ajusta a los conceptos que Descartes propone para explicar los movimientos del alma sobre el cuerpo, tal virtud es propuesta por el filósofo desde el papel que juega la razón en torno al análisis de las pasiones, adecuando la evaluación de los actos para que el actuar sea congruente y bueno respecto a las consecuencias de los mismos, es decir que haya dominio de las reacciones sentimentales o “pasionales” que se puedan dar en estos contextos.

La tarea de Descartes por explicar el papel de las pasiones en el hombre lo llevó a elaborar escritos que se vinculan al ámbito fisiológico, al campo de lo corporal, a las investigaciones médicas que comprenden un sinnúmero de explicaciones en cuanto al proceso neurológico y la participación según Descartes de los espíritus animales que fluyen desde el cerebro hasta los músculos (Descartes, 1999, p. 177), en una tarea que ya se ha dicho con antelación viene estrechamente vinculada con la sensación-reacción, y donde también valdría la pena poner en este andamiaje la estructura sensación-juicio-reacción, respecto al juicio se da la participación de la prudencia como una de las virtudes que sugiere el filósofo para el recto actuar y así el evitar actuar dominado por lo que sugiere meramente el cuerpo, es decir de una forma pasional y no racional.

La intención hasta este punto en las reflexiones de Descartes sobre la relación mente-cuerpo sugieren una justificación del funcionamiento mecánico-biológico del ser humano lo

cual no se puede entender como un fin en el pensamiento cartesiano, sino como un punto de partida para explicar la relación entre mente y cuerpo, y el papel que cumplen las pasiones en relación con el pensamiento y el alma.

3.2 PASIÓN Y RAZÓN, LA RAZÓN COMO FILTRO EN EL ACTUAR

En el anterior apartado se observó cómo el papel de las pasiones desde el cariz cartesiano no se agota en una sola obra, más bien toda esta se entretene y encuentra un punto en común en la Correspondencia que tuvo con Isabel de Bohemia, de esta manera Descartes analiza el tema ubicando el papel de la razón como el filtro por el cual se sugiere sean analizadas las acciones para realizar una evaluación de las mismas y se definan los posibles efectos que tendría el actuar de una forma u otra.

De igual manera, así como cada emoción tiene una trama argumental diferente, también es diferente el actor de la misma, lo que para uno representa un estado de extrema felicidad, otro lo puede estar reflejando por medio de llorar inconsolablemente, lo que para un actor significa admiración para otro representará miedo, y así en infinidad de ocasiones el estudio de las emociones es todo un enigma, lo que sí es acertado es comprender que existen y que forman parte del andamiaje mental que puede proporcionar significado a los estados mentales del individuo.

Teniendo en cuenta lo anterior, Descartes afirmaba que es de almas vulgares que no se dejen manejar por las pasiones, sino que es aceptable que se tenga en cuenta a la razón como filtro por el cual deben ser sopesadas las mismas, o en mejor medida que sea la razón la que dictamine cómo se debe actuar, empero, sabiendo la trama o la precuela de las reacciones, ¿se podría predecir la emoción que esa persona puede experimentar? Descartes va a proclamar que ciertas pasiones van a ser desencadenadas por bases fisiológicas y otras por el entramado de lo que puede existir en los contenidos mentales del individuo, así para cada pasión existen distintos tipos de evaluación y reacción de las mismas, así como infinidad de individuos para las mismas.

El analizar las pasiones por medio de la razón es entonces el paso más acertado cuando se habla de pasiones en términos cartesianos, disponiendo el control de las mismas para el control de la vida y el buen manejo de las relaciones interpersonales. El afrontamiento y autorregulación de las emociones muestran el cara a cara con ellas y las estrategias que pudiesen surgir para regularla, además de que este ejercicio implica la virtud de la prudencia como parte fundamental en la evaluación de los actos que el ser humano puede llegar a hacer o a reaccionar.

Hay momentos en la vida en los que es necesario sopesar las actividades, decisiones, sentimientos y pasiones a los cuales el hombre se ve enfrentado y que requieren no de una lógica formal, sino que esté imbuida por la racionalidad y en cierta forma por la sabiduría emocional, esto último solo se muestra a partir de la experiencia en los aciertos de las reacciones que se suelen dar a los sentimientos o pasiones.

CONCLUSIONES

Teniendo en cuenta las reflexiones anteriormente expuestas en cuanto al problema de las pasiones y toda su coyuntura frente a los dilemas de acción-reacción, es necesario vincular muy estrechamente la relación que de estas proviene y es la de mente-cuerpo.

Los textos mencionados hasta el momento como *Las pasiones del alma*, *Discurso del método*, *Tratado del hombre*, *Principios de la filosofía*, *Correspondencia con Isabel de Bohemia*, muestran al hombre como máquina. La actividad mental no es una actividad meramente autónoma en cuanto a su relación con el cuerpo, pues ambas van ligadas estrechamente. Sin embargo, es preciso mantener los límites de uno y otro ya que, aunque exista la necesidad mencionada anteriormente ambos elementos son diferentes en cuanto a su funcionalidad. Mientras que la mente tiene un andamiaje psicológico y racional, el cuerpo depende de estímulos sensoriales.

La mente ejerce una autoridad sobre el cuerpo, el cual no la puede negar ni rechazar, por otro lado el mismo cuerpo adquiere gran relevancia en la medida que es el campo de actuación de la mente, sin embargo, solo el tamiz de la razón permite que se actúe de X o Y manera, encontrando en este fundamento la capacidad de razón que le es otorgada al hombre.

Problemas fisiológicos y psicológicos tienen repercusión en el cuerpo ya que este finalmente asume los acontecimientos de la mente no pudiendo escapar de ellos, ni modificarlos, luego, los problemas corporales (por ejemplo una amputación) no quitan la capacidad, ni las funciones propias de la mente, empero si alguien teniendo la vista de nacimiento y después la pierde, tendrá que adaptarse para reconocer y enfrentar las nuevas situaciones que imperativamente vendrán del ejercicio mental. Así, pasa algo parecido con el conflicto de la pasión y el ejercicio mental: si un sujeto llega a pasar por una calle en la que sin darse cuenta hay perros bravos, su reacción – pasada bajo el filtro de la razón como ejercicio mental – va a ser la de correr intempestivamente, o comenzar a gritar pidiendo auxilio, o coger algún elemento y defenderse, en fin, miles de opciones para reaccionar, pero algo muy claro es que su actuar de pasar por esa calle queda modificado o se adapta para evitar sentir temor u otra pasión que le resulta de esa situación, es así que el contenido mental corresponde paralelamente a la pasión y a la sensación corporal que puede producir la misma, este ejemplo cabe para todas las demás pasiones y su respectiva reflexión en cuanto al estudio de la mente y el cuerpo. Este ejemplo puede verse reflejado con la variedad de acciones que el hombre realiza a diario, en las que intervienen un ejercicio mental y su correspondencia con alguna pasión dada, de forma tal que nos vemos impulsados a actuar pero que detrás de tales movimientos existe un componente importante que en el cartesianismo se denomina *pasión*, que debe ser filtrada en la mayoría de las ocasiones por la razón.

BIBLIOGRAFÍA

AUBERT, Jean-Marie. Filosofía de la naturaleza. Barcelona: Ed. Herder. 1984.

CARDONA SUAREZ, Carlos Alberto. De la metafísica a la física en el programa cartesiano. En: Memorias del Seminario en Conmemoración de los 400 Años del Nacimiento de René Descartes. 1997.

DAMASIO, Antonio, El error de Descartes, Barcelona: Editorial Crítica, 2009.

DESCARTES, René, Las pasiones del alma, España: Editorial Tecnos, 1997.

DESCARTES, René, Los Principios de la filosofía, Buenos Aires: Editorial Losada, 1997.

DESCARTES, René. Correspondencia con Isabel de Bohemia y otras cartas. Trad. María Teresa Gallego Urrutia. España. Alba Editorial, 1999.

DESCARTES, René. Discurso del Método. México: Ed. Porrúa. 2000.

DESCARTES, René. El tratado del hombre. Trad. Guillermo Quintas. España: Alianza Editorial, 1990.

DESCARTES, Rene. Meditaciones Metafísicas. México: Porrúa. 1999

DESCARTES, René. Reglas para la dirección del espíritu. México: Ed. Porrúa. 2000.

FERRATER MORA, José. Diccionario de Filosofía. Obras Completas. Barcelona: Alianza. 1982.

HENRIQUEZ, Ruy. Fundamentación del pensamiento científico y moderno y los orígenes del concepto cartesiano de lo mental. En: Revista de filosofía. Universidad Complutense de Madrid. Vol. 34, N° 2. 2009.

MARTÍNEZ VELAZCO, Jesús. “El problema mente-cerebro: sus orígenes cartesianos”. En: Contrastes. Revista Interdisciplinar de Filosofía. Universidad de Valladolid. Vol. I. 1996.

NARANJO VELÁZQUEZ, Javier. “Dualismo mente-cuerpo en René Descartes”. En: XXI Coloquio Nacional sobre la Enseñanza de la Filosofía: “Necesidad, actualidad y pertinencia de la enseñanza de la filosofía”. Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México. 2009.

RAMIREZ RESTREPO, Rubiel, El pensamiento moral en Descartes, Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Tesis para optar al título de Doctor en Filosofía, 2008.

REALE, Giovanni y ANTISERI, Darío. Historia del pensamiento filosófico y científico. T. I. Barcelona. Herder. 2010.